

fuerzos dispersos de los hombres en un sentido que supere la realidad. Así, como en algunas ocasiones se ha enfocado el problema de la escuela y de la educación popular, parece llegada la hora de tratar este tema vital para el país: la salud de las gentes de campo.

Puede crearse con el tiempo, el médico apropiado; entretanto, podremos atenernos al servicio social de los estudiantes y de los profesionistas; pero así como junto al maestro debe levantarse la escuela—quizá, en adelante, sea mejor al revés—junto al médico debe alzarse el hospital. Pequeño, sí, mínimo; capaz sin embargo de proporcionar alivio a la niñez enferma y hacer posible que nuestras gentes den a luz en condiciones humanas a las generaciones nuevas. Escuela, hospital, son ahora, como en otro tiempo fueron la casa de la autoridad municipal, el mercado, la plaza, los elementos en que toda comunidad debe crecer, sobre los que la vida de todos se establece. Nuestras ciudades, grandes y pequeñas, se formaban de acuerdo con la tradición castellana, creando el ayuntamiento; ahora las comunidades de tierras y los centros de campesinos deben ir completando la estructura de sus poblados.

Un esfuerzo coordinado puede dar como fruto la edificación de la casa de salud para todos.

Por ahora, la dirección inmediata de tales obras puede estar entre los más preparados, aunque no sean especialistas. Aquí debe verse colocado también el lugar para la labor social de nuestros estudiantes de ingeniería. El hospital, con un lugar para que el médico habite, encajado en las comunidades, concurrirá a resolver el problema de la salud que en países como el nuestro agravan tanto los demás; la casa tipo, mejor construida conforme a estudios detenidos, ha de colaborar a la elevación a condiciones humanas de la vida de nuestros campesinos.

Por todo lo anterior, el Departamento de Acción Social planteará a los estudiantes de las Escuelas de Arquitectura, de Ingenieros y de Medicina para que sean estudiados en los aspectos que a cada una conciernen, estos problemas concretos.

La Universidad de México coopera así a la resolución técnica de un problema apremiante, sobre todo para los profesores rurales, jefes de zonas agrarias, presidentes y directores de comunidades agrarias quienes, como más capacitados, podrán asumir la dirección inmediata de obras que los ejidatarios realicen de acuerdo con soluciones técnicas y correctas.

## PRIMERAS MAQUINAS EN MEXICO

*RAFAEL HELIODORO VALLE, espíritu polifásico: poeta, historiador, maestro universitario, periodista, representa en México —y tal vez en América— al hombre de disciplinas internas y definitivas. Sus trabajos acusan al espíritu ágil y penetrante, de quien encuentra en las letras el medio de decir las cosas a tono de conversación; de esa conversación plena de talento, porque lo identifica con sus desconocidos interlocutores y porque descubre nuevos mundos en miniatura...*

Por RAFAEL  
HELIODORO  
VALLE

LA máquina fue conocida por el arquitecto que levantó pirámides y alzó teocalis en el México antiguo. Pero la máquina compleja, estructural, en plenitud de función social, fue traída de Occidente: se puede afirmar que el hombre precortesiano desconoció la polea egipcia, a pesar de que fabricaba cordeles y levantó muros magníficos, construyó explanadas y dió a la madera una solidez que los españoles tuvieron que imitar en los cimientos de las ciudades formales, de las casas que son lujo de aquella arquitectura doméstica y de los templos que plantearon problemas de planificación.

Las primeras máquinas occidentales en México fueron los barcos que anclaron en Veracruz

y los que poco después serían echados al agua para el asedio de Tenochtitlán. Bernal Díaz proporciona datos épicos al referirse al puente portátil que Cortés mandó construir cuando abandonaron la metrópoli de Moctezuma en la Noche Triste:

“Y diré cómo se dió luego orden que se hiciese de maderos y tablas muy recias una puente que llevásemos para poner en las puentes que tenían quebradas, y para ponerlas y llevarlas y guardar el paso hasta que pasase todo el fardaje y el ejército”, etc. (1)

(1).—Bernal Díaz, I, 428.

Y los primeros molinos de trigo y las instalaciones de pozos artesianos, así como la prensa con tórculos en que trabajó Juan Pablos (1539) y las máquinas que en los minerales del siglo XVI abrieron una nueva etapa a la metalúrgica, señalan un testimonio de la revolución que la técnica occidental operaba al transformar los valores de la economía mexicana.

Los relojeros, los constructores de andamios, los que fabricaron presas y molinos, los oficiales de la Casa de Moneda, los carroceros, y todos los que tuvieron que colaborar en la obra de los alarifes, —la gran mayoría anónimos hasta hoy—, abren la brecha en la historia de la maquinaria. Y también los que hicieron labor didáctica, difundiendo novedades sobre oficios y artes plásticas e industriales, como aquel Juan Antonio Mendoza y González, vecino de Puebla, contador de azogues y profesor de matemáticas, que en esta capital publicó en 1728 su “Método para corregir relojes”. (2) En la ciudad de la ilustrísima cerámica, el 5 de febrero de 1732 se puso en práctica “el nuevo instrumento nombrado Grua, que ha fabricado el célebre escultor Juan de Medina”, para subir con facilidad las piedras y demás materiales conducentes a la fábrica de la nueva torre. (3) Un mes después, el 29 de marzo, el Virrey Marqués de Casafuerte, acudió a presenciar la primera prueba de instrumentos, y el acuñamiento de la primera moneda “que se imprimió con otras muchas con gran primor”. (4) Y tuvo la suerte aquel gobernante de dar al 5 de diciembre privilegio “por toda su vida” a don Juan de Palafox y Calva Gálvez, poblano también, y residente en la capital, “para que sin otra facultad, y dándole los premios, en que se compusiere, pueda usar, ni poner, pena de mil pesos el nuevo Instrumento, para moler trigos, de que es Autor, y de cuyo uso (a más de facilitar la molienda) se sigue tanto argumento, que si con el común, se muele carga por hora, con este nuevo, se duplica, exonerando a los dueños, de la diaria pensión de acuñar Piedras, en que se emplea mucho tiempo, y ahorrándoles la vigilancia de cuidar el que (por las brechas y oquedades que ocasiona la poca consistencia del palo, y frecuencia del movimiento) se les vaya gran porción de las harinas”, etc.; (5) y el mismo Virrey dió privilegio el 10 de febrero de 1733 a don Juan de Navarrete y Trejo, vecino de México, “para que ninguno, sin su permiso, pena de 200 pesos, pueda usar del nuevo instru-

mento para cortar Jabón, de que es inventor, bajo de nivel, para cortar el Marqueteado”. (6)

Hay una noticia muy interesante de aquella época, en la que se anuncia que el referido Virrey había dado otro privilegio a don Juan Ramírez de Cartagena, vecino de Tacubaya, quien había construido siete años antes una máquina con que trabajaba en su casa, y que estaba compuesta de varias ruedas, medidas y tamaños, “que a el movimiento de una Mula voltea quatro tornos del tamaño, y figura que usan los dueños de Panadería, y éstos, que antes a el revés, con este arte, se mueven ya a el derecho; y así se consigue el zernir más breve, y mejor, y ahorrar a los operarios el summo trabajo de voltearlos a fuerza de brazos. Los labradores después de trilladas sus semillas (sin exponerlas a las contingencias que ofrece el Campo) bajo del expresado movimiento lograrán aventarlas, harnearlas, y zarandearlas en los molinos de trigo, pólvora y tabaco podía usarse solo con variar el vestido a los tornos”. (7)

Calva y Gálvez, relojero y matemático, había construido el “odómetro”, instrumento que, puesto en la reja de un carruaje, medía la distancia recorrida, y fue estrenado solemnemente en la capital el 24 de julio de 1738. (8)

En 1823 había en la metrópoli una ferrería con toda su maquinaria de arte mayor en corriente y en la que se elaboraba fierro de superior calidad, solicitándose una persona que fuese inteligente en el arte de fundir y estirar los metales, para hacer platina, vergajón, etc., y en el método de vaciar y colar el hierro, dando noticias don Juan Ignacio de Urtiaga; (9) y en la imprenta de la calle de Montería estaba en venta una máquina neumática. (10) Sobre el establecimiento de estas máquinas el Dr. Juan Lucio Woodburi se dirigió al Ayuntamiento capitalino en 1824 y aquel año (16 de julio) don Vicente Enríquez pidió al Congreso de la Unión el privilegio exclusivo de cinco años para el uso de máquinas de beneficiar algodón. (11) Por este tiempo murió el distinguido guanajuatense don José María Bustamante, quien había perfeccionado el teodolito e ideado “un nuevo termómetro para medir alturas, fijando también los cerros y los lugares principales del Estado de Guanajuato”. (12) Los estudiosos de Física leerán con cuidado estas no-

(6).—“Gazeta de México”, agosto 1733, p. 546.

(7).—

(8).—Beristáin de Souza.

(9).—“El Sol”, México, 3 noviembre 1823.

(10).—“El Sol”, México, 22 septiembre 1823.

(11).—“El Sol”, 18 julio 1824.

(12).—“Efemérides guanajuatenses”, Marmolejo, III, 180.

(2).—Medina, IV, 3009.

(3).—“Gazeta de México”, febrero 1732, p. 403.

(4).—“Gazeta de México”, marzo 1732, p. 411.

(5).—“Gazeta de México”, diciembre 1732, p. 485.

ticias: que los señores Parrot y Wilsen, calle del Espíritu Santo número 8, pusieron un aviso para que se les entregara "un cajoncito marcado H. K. unidas, que contiene el instrumento llamado Theodolite, su autor B. Stancliffe"; (13) y que en

la calle de Zuleta número 2 se componían "barómetros, termómetros, higrómetros, tolómetros, iliosómetros para pruebas de licores espirituosos, y otros para probar ácidos; y se fabricaban otros instrumentos de vidrio". (14)

# EL DIABOLISMO DE VALLE INCLÁN

P o r

ALFREDO MAILLEFERT

I

SE me antoja escribir sobre D. Ramón María del Valle-Inclán. No sé si podré ya. Es para mí Valle-Inclán como un viejo castillo que frecuenté hace muchos años y que luego he dejado perdido, muy lejos, se diría entre los pliegues de una larga llovizna. No sé si daré ahora con la vereda que culebreando por verdes tierras de Galicia, y cruzando de noche por solitarios bosques de encinas, dignos del Romancero, me lleve hasta él. Un mal viento ha caído sobre los castillos y temo que no tenga ya éste la vida prócer que entonces tuviera. Acaso todas sus figuras lo han abandonado ya, empujadas por el ensalmo de los tiempos, como cuando con la punta del pie se enrolla un tapiz. Acaso el mismo D. Ramón María ha huido de él, como el capitán de un barco que se hunde. Salas desmanteladas y húmedas, con algún resto de colgaduras, como un velamen de púrpura. Paredes musgosas y goteantes, que tienen ya el mimetismo de las arcaicas tierras de Galicia. Un viento que ulula por los largos corredores desiertos, mientras parpadean en la noche las estrellas eternas. Y los aullidos de un perro que ladra en la sombra, estremecido ante el misterio y ante la muerte: Guau, guau, guau.

II

Yo leí a Valle-Inclán en una vieja ciudad de calles solitarias que desembocan entre maizales y de vetustos conventos cuyos fundadores han de buscarse entre los primeros frailes franciscanos y agustinos que vinieron a México a la evangelización de los indios. Quedaba todavía, en esos conventos, algún padrecito de tosco hábito de estameña deambulando por los largos corredores polvorientos, y las celdas en soledad eran alquiladas a veces a muchachos estudiantes que escribían versos y tañían mandolinas. Sonaba el toque del alba con el penúltimo parpadear de los luceros, y la queda, con gruesas campanadas, a las diez de la noche. Transitaban por las calles entre el día rechinantes carretas de bueyes. Se encendían todavía farolas en algunas hornacinas... La vieja Valladolid ha sido un ambiente ideal para mis lecturas, y la obra de Valle-Inclán se iba escribiendo en mi alma fresca, merced a aquel sortilegio, como se hubiera podido escribir bárbara y decadente en un pergamino antiguo.

III

En una celda del Seminario Conciliar, una desnuda celda que tenía vistas al campo y que de-

(13).—“El Sol”, 25 julio 1827.

(14).—“El Sol”, México, 15 octubre 1827.